MARTIN DE AZPILCUETA Y SU «COMENTARIO RESOLUTORIO DE CAMBIOS»

*Jesús de la Iglesia García**

En el presente artículo se realiza un análisis de los comentarios que acompañaron como Apéndice a la edición de 1556 de la obra de Martín de Azpilcueta, *Manual de confesores y penitentes*. En estos cinco comentarios (sobre usuras, cambios, simonía mental, defensa del prójimo, hurto notable e irregularidad) se incide reiteradamente en la condena de la usura, de acuerdo con la doctrina establecida en esa época por la Iglesia. Azpilcueta trató con profusión en sus escritos los comportamientos usurarios tanto por parte de los nuevos mercaderes, como de las nacientes instituciones financieras, pero su razonamiento no se detuvo ahí. Distinguió, en primer lugar, entre el tipo de interés nominal y el real y, además, avanzando un paso más en el estudio de la evolución económica de su tiempo, indagó sobre las causas del acelerado aumento de los precios que tuvo lugar en el siglo XVI.

Palabras clave: *pensamiento económico, teoría monetaria, teoría cuantitativa del dinero, España, siglo XVI.*

Clasificación JEL: *B11, B31.*

1. Introducción

La estructura del presente escrito está constituida por dos componentes claramente diferenciados. Primero, se trazan unos apuntes biográficos de Azpilcueta, conocido en su tiempo como el «Doctor Navarro», en los que se señalan las principales etapas de su vida: la de estudiante, la de profesor y la que consistió en la aplicación de sus conocimientos teóricos al proceso jurídico-teológico más transcendental de los celebrados en la España del siglo XVI. Proceso que aún resuena en la historia por los intereses personales, económicos, políticos y jurisdiccionales que se debatieron en él, al que nos acercamos, sin asomarnos siquiera, como es lógico, a la discusión doctri-

nal que fomentaron los enemigos del arzobispo Bartolomé de Carranza.

Posteriormente, se exponen las dos principales aportaciones de Azpilcueta a la teoría monetaria: la denominada teoría cuantitativa del dinero, que defiende el mantenimiento de una relación constante entre oferta monetaria y bienes comercializables; y la que señala al diferencial de inflación como agente devaluador de las monedas de los países en los que los precios crecen más acentuadamente.

2. Breve biografía

Martín de Azpilcueta y Jaureguizar nació en 1492, el año de la toma de Granada, de la expulsión de los judíos y del descubrimiento de América, acontecimientos especialmente decisivos para la posterior historia de España que, a lo largo de todo el

* Universidad Complutense de Madrid.

siglo XVI, sufriría un profundo cambio estructural que podría ser resumido como la transición del medievalismo al Renacimiento, epítetos bajo los que subyacen concepciones y comportamientos culturales, religiosos, políticos y económicos muy diversos, cuando no antagonicos.

El siglo XVI fue, ciertamente, una centuria de indiscutible crecimiento económico, tanto en el ámbito de la producción como en el del comercio interno e internacional. Aunque es ésta una aseveración que es preciso matizar ante la consideración de un conjunto de argumentos adversos que podrían avalar una apreciación menos optimista: en los años finales del reinado de Felipe II el Estado tuvo que declararse, una vez más, en bancarota, a pesar de la llegada masiva de metales preciosos de América y del crecimiento de los ingresos de la Hacienda Real propiciado por la creciente presión fiscal; y también es preciso constatar que la España Imperial del siglo XVI fue, igualmente, la España del hambre, de la picaresca y de la inflación.

Todo esto explica el éxito incontestable del *Manual de confesores y penitentes* —del que se imprimieron ochenta y una ediciones entre 1549 y 1625, treinta y ocho de ellas en latín, y las demás en castellano, italiano y portugués¹, cuya publicación y difusión han de ser enmarcadas en el «espíritu del tiempo», según acertada expresión de Tellechea Idígoras². *Manual* que no habría sido necesario escribir ni publicar si, además de la confusión provocada por el mencionado cambio cultural, no se hubiera vivido un período en el que, bajo la capa de moralidad que cubría una sociedad católica, no se escondiesen costumbres usureras entre los ciudadanos —entre los vasallos, para ser más precisos— y prácticas monetarias y fiscales poco ortodoxas aplicadas por las instituciones políticas.

La biografía de Azpilcueta³ podría quedar suficientemente diseñada prestando atención a los siguientes aspectos: sus estudios en las universidades de Alcalá, Toulouse y Cahors; sus años como profesor en las universidades de Salamanca y Coimbra; y, finalmente, las últimas décadas de su vida pasadas en Roma como abogado de Carranza, como miembro de obligada consulta en el Tribunal de la Penitenciaría, y como consejero personal de tres pontífices: Pío V, Gregorio XIII y Sixto V.

Ya parece haberse agotado la discusión sobre la fecha del inicio de los estudios de Azpilcueta en Alcalá, que tuvo que ser en 1509, unos meses antes de que cumpliera los diecisiete años de edad. Y que allí permaneció, como mínimo, durante siete años, según se desprende de sus conocimientos al ingresar en la Universidad de Toulouse. En Alcalá estudió —él mismo nos da noticia de ello— «Artes y Filosofía, natural y moral, y los cuatro libros de las Sentencias en que se comprende toda la Teología».

Por tanto, no se puede datar su llegada a Francia con anterioridad a 1516, es decir, cuatro años después de la toma militar de Pamplona por las tropas del duque de Alba y del consiguiente exilio de los partidarios de Juan de Labrit y Catalina de Foix, considerados como legítimos reyes de Navarra por la facción de los agramonteses, a la que pertenecía la familia de Azpilcueta.

Por eso, convendría reseñar aquí que él nunca legitimó la inclusión de Navarra en los reinos de Fernando el Católico ni en los de sus sucesores, aunque siempre aconsejó la conveniencia de reconocer ese hecho como algo irreversible, además de conveniente para una delimitación más segura de las fronteras de España. Así lo recuerda en la *Carta apologética* escrita desde Roma al duque de Alburquerque en 1570 en la que, a pesar de que niega cualquier referencia a la cuestión de Navarra —pero, con la inteligencia que le era propia— expone un aspecto de su doctrina sobre la restitución de los hurtos:

«... la restitución de las cosas ajenas no se ha de hacer cuando de ello se sigan gravísimos males públicos, y por

¹ DUNOYER (1957), páginas 77-93.

² La historia del siglo XVI español exige una nueva interpretación del comportamiento de sus principales protagonistas después de los estudios del proceso del arzobispo Carranza realizados por Ignacio Tellechea, tarea a la que ha dedicado gran parte de su actividad investigadora y publicista. Y aunque será necesaria una posterior referencia al mencionado proceso, quizá no esté de más recordar en estas primeras líneas el nombre del abogado defensor del desdichado arzobispo: Martín de Azpilcueta.

³ Los estudios biográficos más completos realizados hasta el momento son citados en la bibliografía adjunta: Martín BURGÉS ELIZONDO (1675), recientemente publicado por TEJERO y AYERRA (1999), ARIGITA Y LASA (1895) y OLORIZ (1916).

eso no debían ser condenados con ligereza los soberanos que tienen algunas cosas de otros, aun cuando supiesen que no son tuyas, siempre que creyesen, con probabilidad de acierto, que de verificar esa sustitución vendrían gravísimos inconvenientes a sus reinos».

Consideraciones, éstas, de las que es lícito deducir las siguientes conclusiones: que su estadía en Francia no se debió, principalmente, a razones de carácter político, aunque también éstas fueron tenidas en cuenta; y que nunca renegó de su patriotismo navarro, al tiempo que se enorgullecía de su amor por Francia y Portugal y de los servicios prestados a los reyes de España, especialmente a Felipe II quien, como veremos más adelante, no se mostró especialmente agradecido cuando tuvo la oportunidad de hacerlo. Felipe II, eso ha de ser reconocido, casi siempre defraudó a sus colaboradores más incondicionales.

Pero volvamos a Azpilcueta quien, en Toulouse, continuó sus estudios de Teología y Derecho Canónico, consiguiendo la cátedra de Cánones en esa universidad francesa en 1518, es decir, a la edad de veintiséis años⁴. Y se sabe que, en 1522, era profesor de la Universidad de Cahors⁵. En cualquier caso, el reconocimiento que consiguió en Francia no puede ser discutido, como bien se ocupa de recordárnoslo él mismo en la mencionada *Carta apologetica*:

«...varones prestigiosos me invitaron, y aun rogaron, que aceptase ejercer de consejero en el Supremo Parlamento parisino, gestionando ellos el cargo, a su costa e iniciativa, ya que entonces semejantes destinos se vendían a quienes habían adquirido fama de peritos en Derecho».

Sin embargo, y a pesar del brillante futuro que parecía abrirsele en Francia, prefirió —era el año 1523— regresar a España. A Roncesvalles, primero, donde profesó como canónigo regular

de San Agustín (había recibido las órdenes mayores en 1515, al tiempo que proseguía sus estudios en la Universidad de Toulouse) e, inmediatamente, a Salamanca, donde fue admitido como Colegial en San Salvador, aunque se le impidió ingresar en el claustro de profesores, pues los estatutos impedían el reconocimiento de títulos académicos expedidos por universidades extranjeras. En consecuencia, tuvo que reiniciar un camino conocido, presentando de nuevo su candidatura al título de Doctorado, esta vez, en la Universidad de Salamanca donde, ya investido con la toga doctoral, consiguió de inmediato su primer destino como docente en España: la cátedra menor de *Clementinas*, en la que se explicaban las Constituciones del Papa Clemente V recopiladas por Juan XXII, y los cánones del concilio de Viena, celebrado en 1311.

Con todo, la actuación de Azpilcueta que habría de tener mayor resonancia en la España oficial durante aquellos años fue su disertación ante Carlos V y gran parte de la nobleza española en defensa del origen democrático del poder real. Era el año 1528, «cuando todavía estaba humeante en los campos de Villalar la sangre de los Comuneros», según expresión de Oloriz. Azpilcueta siempre recordará con orgullo el haber sido elegido por el claustro de la Universidad salmantina para explicar una lección magistral ante el emperador cuyo título era suficientemente expresivo: *El reino no es del rey, sino de la comunidad; la misma potestad regia, por derecho natural, pertenece a la comunidad, no al rey, por lo que no puede la comunidad abdicar totalmente de su poder*. Disertación que le abrió, definitivamente, el camino hacia dos cátedras sobre las que se cimentaría su futura reputación universitaria: en 1532, consiguió, por oposición, la cátedra en propiedad de Decreto y, un año más tarde, la de Prima de Cánones. Cátedras en las que pronto impondría su magistratura: por lo novedoso del tratamiento de las lecciones explicadas, en las que conjugó la tradicional argumentación escolástica salmantina con los métodos dialécticos aprendidos en Francia; y por la profundidad, erudición y elocuencia expositiva, agotando hasta el fin los temas tratados, en los que seguía una impecable ilación de razonamientos previamente establecida: invención, elaboración, enunciación, réplica, defensa, refutación y disposición definitiva.

⁴ Esta es la opinión expresada por Martín Burges Elizondo, que escribió una biografía de Azpilcueta -véase TEJERO y AYERRA (1999)- en 1675. Mariano Arigita opina que la primera cátedra conseguida por Azpilcueta fue en la Universidad de Cahors.

⁵ OLORIZ (1916), página 16.

Todo esto explica el que, durante los catorce años que permaneció en Salamanca tuviese una media de mil oyentes en sus lecciones, mezclándose frecuentemente entre sus alumnos otros profesores de Canónico y del resto de las facultades salmantinas, atraídos por el renombre de los conocimientos y de las dotes retóricas y dialécticas del Navarro. Hasta que, en 1538 —tenía, pues, cuarenta y seis años de edad— se le encomendó la regencia académica de la Universidad de Coimbra, fundada un año antes por el rey Juan III de Portugal, quien solicitó a su cuñado Carlos V y a su hermana, la emperatriz Isabel, que le recomendaran «alguna persona de nombradía en saber y en virtud, bajo cuya dirección e influjo llegase aquel nuevo Centro a competir un día con las célebres universidades de España»⁶. Y aunque la designación de Azpilcueta para llevar a cabo esa pretensión real se encontró, en principio, con la resistencia del propio interesado y del claustro universitario salmantino, fue inevitable ceder a la insistencia real.

Las funciones realizadas por Azpilcueta en Coimbra, donde permaneció durante diecisiete años, pueden quedar resumidas en los siguientes puntos: desempeñó, metódicamente, sus obligaciones de profesor catedrático de Cánones; mediante su ejemplo personal, fue instituyendo la obligatoriedad de impartir «relecciones» periódicas en las que se entrelazaran las argumentaciones legislativas de ambos Derechos, el canónico y el civil; e implantó un nuevo sistema para la provisión de cátedras en el que primaran los conocimientos de los candidatos sobre las votaciones sufragistas, que habían demostrado —en Toulouse, Salamanca y Coimbra— una mayor sensibilidad ante el soborno y la arbitrariedad. Innovaciones que fueron apoyadas en todo momento por las más altas instancias del poder político de Portugal que, en reciprocidad a su abnegada dedicación universitaria, siempre encontró la oportunidad para que se le concediesen diversas sinecuras gratificantes.

El caso es que, cumplido con creces su compromiso en Coimbra, Azpilcueta regresó a España. Fue a finales de 1554. Tenía sesenta y tres años de edad y se traía de Portugal la tercera edición de su *Manual de confesores y penitentes*, además del recono-

cimiento de la familia real y de una reducida fortuna que podría haberle permitido una vejez sosegada sin otras ocupaciones que la oración y el estudio, aunque, como es bien sabido por todos, aún tendría que escribir los dos capítulos más importantes de su vida: la defensa del arzobispo Carranza y la culminación de su actividad editorial, apenas insinuada cuando regresó a España. Pero dejémosle, de momento, que resuma con sus propias palabras la vida que había recorrido hasta entonces:

«Navarra me engendró, Castilla la Nueva me educó en Alcalá, Francia me hizo hombre, Castilla la Vieja me ensalzó en Salamanca, Portugal me honró (...) y gracias a Lusitania, vivo decorosamente con la amplia y perpetua renta de mi cátedra»⁷.

Felipe II sabía de la existencia de Azpilcueta. Incluso se habían cruzado mensajes entre ambos encaminados a la resolución de litigios de menor cuantía que concernían a la Colegiata de Roncesvalles y, de manera más general, al conjunto de los canónigos regulares. Aunque la primera ocasión en la que se solicitó la intervención del «Doctor Navarro» en asuntos de Estado fue debido a la necesidad de elaborar un documento-consulta que permitiera diseñar la política que habría de seguirse en respuesta al proceder de Pablo IV hacia España⁸, por lo que se le encomendó la redacción de un cuestionario fundamentado en Derecho eclesiástico que habría de ser remitido a los principales teólogos y canonistas españoles para que expresaran su parecer⁹.

⁷ *Carta apologética*.

⁸ Pablo IV —especialmente, al principio de su papado, cuando la política internacional del Vaticano la dictaba su sobrino, el cardenal Carafa— no dejó de conspirar contra los intereses de la corona española, promoviendo alianzas con Francia, e incluso con los turcos, para debilitar el poder de España en Italia y en el norte de África, lo que motivó el que, en dos ocasiones, las tropas del duque de Alba establecidas en Nápoles se dirigieran, con propósitos amenazantes e intimidatorios, hasta las proximidades de Roma. El motivo inmediato de la consulta a la que hago referencia fue la revocación papal de la *Cuarto* y la *Cruzada*, concesiones de carácter fiscal concedidas por Roma a los reyes de España que se sustentaban en el cobro de la cuarta parte de las rentas eclesiásticas para financiar la defensa de los establecimientos y fronteras españolas en África.

⁹ No procede, en este momento, extenderse más sobre esta cuestión. El escrito de Azpilcueta y la respuesta de Melchor Cano pueden ser consultados en CABALLERO (1871), páginas 508-523.

⁶ ARIGITA Y LASA (1895), página 136.

Pero pronto empezaría una relación controvertida entre Felipe II y Azpilcueta, como consecuencia del recto comportamiento de este último en la defensa de Bartolomé de Carranza y de Miranda, arzobispo de Toledo, encerrado y procesado por la Inquisición desde 1559 con la pretensión —defendida por el Rey¹⁰ y rebatida por Azpilcueta— de que se emitiese sentencia en España, vulnerando, de esa manera, la indiscutible prerrogativa papal en los enjuiciamientos de los obispos, especialmente cuando se tratara de procesos que se substanciaron en materias de carácter teológico. El posicionamiento de Azpilcueta —que finalmente sería el triunfador, pues la causa de Carranza tuvo que ser trasladada a Roma— fue valientemente expresado en un *Memorial* dirigido a Felipe II al que remito a quien quiera disfrutar de una argumentación sin fisuras escrita por una pluma digna de comparecer entre los clásicos españoles¹¹.

Finalmente, decía, el proceso, el procesado y el íntegro y prestigioso abogado acabaron sus existencias en Roma. El proceso fue sentenciado por Gregorio XIII, condenándosele a Carranza a abjurar de dieciséis proposiciones heréticas —siendo absuelto *ad cautelam*, inmediatamente por el Papa— privándosele, durante cinco años, del arzobispado de Toledo. Demasiado tiempo. Murió dieciocho días después de que se dictara sentencia en aquel infausto proceso prolongado —artificialmente, sin duda— más de catorce años, no quedándonos ya otro consuelo que la certeza de que su memoria ha sido reivindicada definitivamente del «espíritu del tiempo» que todo lo enturbió en el siglo XVI español.

Azpilcueta, por su parte, no supo nunca —aunque lo sospeché fundamentalmente— que Felipe II puso especial empeño en que, bajo ningún concepto, se le concediera el capelo cardenalicio¹². Y, al igual que su querido amigo Bartolomé de Carranza, murió en Roma querido y respetado por cuantos le conocían. Fue al anochecer del 21 de junio de 1586, es decir, a la edad de noventa y cuatro años.

¹⁰ Los peones más activos de Felipe II en esta causa fueron Fernando Valdés, Melchor Cano y Diego de Simancas. Personas poderosas e inteligentes que, arrastrados quizá por «el espíritu del tiempo», siguieron comportamientos claramente disconformes con la dignidad de los destinos a los que habían sido encumbrados en la Iglesia Católica.

¹¹ ARIGITA Y LASA (1895), páginas 577-584.

¹² GOÑI GAZTAMBIDE (1942).

Más tristes fueron otras vejeces. Fernando Valdés y Diego de Simancas se vieron igualmente abandonados del favor real, a pesar que, uno como Inquisidor General y el otro como acusador incansable de Carranza, defendieron con tesón los legítimos intereses de la monarquía española frente a lo que consideraban, quizá con excesivo celo, injerencias inadmisibles del Vaticano en los asuntos de España. *Sic transit gloria mundi*.

3. El «Comentario resolutorio de cambios»

En 1556 salía de la imprenta salmantina de Andrea Portonariis la edición más comentada del *Manual de confesores y penitentes* a la que se adjuntaban, por primera vez, cinco «Comentarios resolutorios»: sobre «usuras, cambios, simonía mental, defensa del prójimo, hurto notable e irregularidad», comentarios en los que se incide, reiteradamente, en la condena de la usura, siguiendo, así, la doctrina establecida por la Iglesia y coincidiendo, no casualmente, en las mismas reiteraciones en que incurrieran la mayoría de los especialistas en Derecho eclesiástico. Fueron unos tiempos —recordémoslo una vez más— en los que tuvieron lugar profundos cambios geopolíticos y económicos que se manifestaron, de forma especialmente notoria, en un acelerado crecimiento del comercio internacional que no tenía precedentes en la historia de la humanidad y que, por ello, era analizado con recelo por una institución cuyo interés más inmediato era el de mantener el orden social establecido. Lo que no está en contradicción con el reconocimiento debido a los teólogos y canonistas del siglo XVI por su defensa sincera de la primacía de determinados valores de mayor transcendencia que los meramente economicistas.

En este sentido, quizá, no resulten del todo estériles los trabajos de revisión del pensamiento de los escolásticos españoles, por cuanto puedan aportar de *novedoso* para la formulación de respuestas a la actual situación socioeconómica en la que se detecta cierta incompatibilidad entre la legítima persecución de beneficios económicos y el mantenimiento de unos principios éticos y morales que, indiscutiblemente, han de ser de orden superior¹³.

¹³ MUÑOZ DE JUANA, (1998).

Azpilcueta, más avanzado en las interpretaciones teológicas que en las meramente jurídicas, trató con profusión en sus escritos los comportamientos usurarios de los nuevos mercaderes —cada vez más numerosos e influyentes— y de las nascentes instituciones financieras, cuyos beneficios, lógicamente, dependían de la mayor o menor intensidad de los intercambios monetarios realizados.

En este sentido —que, por otra parte, no es lo que más nos interesa ahora— no se distanció de la doctrina canónica establecida, que condenaba el cobro de intereses en los préstamos salvo los matices que pudieran derivarse de ciertas situaciones especiales: la de lucro cesante, la de daño emergente y, con especiales cautelas, las que podrían ser consideradas como de *periculum sortis*. Pero el razonamiento del «Doctor Navarro» no se detuvo ahí. Distinguió, primero, el tipo de interés nominal del real y, avanzando un paso más en el estudio de la evolución económica de su tiempo, indagó sobre la causa más decisiva del aumento acelerado de los precios en el siglo XVI. Sigamos su razonamiento.

Inflación significa deterioro generalizado de la capacidad adquisitiva del dinero, por lo que, quien recobra una cantidad monetaria prestada y exige una compensación que equipare la capacidad de compra de lo cobrado a la de lo prestado, actúa conforme a justicia. Es decir, la recepción de un interés nominal equivalente a la tasa de inflación no constituye usura, ya que el tipo de interés real sería nulo. O, dicho de otra manera: en estricta justicia, sólo se puede hablar de préstamos usurarios cuando el tipo de interés nominal es superior a la tasa de inflación. Esa es la primera enseñanza —en este punto— dirigida a los confesores y penitentes que se debatían ante cierto tipo de objeciones, aparentemente insalvables, que parecían impedirles compatibilizar la justicia con la moralidad.

En cuanto a los orígenes de la denominada «revolución de los precios» durante el siglo XVI, baste con anotar, en principio, que eran sobradamente conocidas por todos dos causas propiciadoras de la subida general de los precios: el aumento de los costes de producción y el mayor crecimiento de la demanda que el de la oferta; causas, ambas, que no eran difíciles de detectar en la

economía de la España que conoció Azpilcueta. De entre los tres factores originarios de la producción, era especialmente notoria la creciente evolución de los costes laborales, hasta el punto de haber sido señalada por algunos historiadores de la economía como responsable de la inexistencia de un proceso de acumulación capitalista en España similar al de otros países europeos, que consiguieron, por ello, posicionarse ventajosamente para el inicio de posteriores procesos de industrialización nacional. Tomás de Mercado, que se movió con familiaridad desde su niñez en el mundo de los mercaderes de su Sevilla natal, y que conocía, también por experiencia propia, las consecuencias económicas del *descubrimiento* de América, acentuó la importancia del crecimiento de la demanda como motor principal de la subida generalizada de los precios.

Todo esto era sabido también por Azpilcueta, que reconoció la validez de esos razonamientos a pesar de que, a su parecer, no explicaban suficientemente la excepcional evolución inflacionista de los precios en España, por lo que se inclinó, con mayor decisión que otros pensadores de su época, hacia una explicación de carácter monetario. Analicémosla.

La cantidad de dinero de un país, suponiendo que no exista ahorro ni inversión, ha de ser equivalente al resultado de multiplicar al conjunto de bienes comercializables por sus precios. No había que decir más. Un mismo pensamiento expresado de dos maneras distintas, una tautología, se convertiría, así, en la base de la teoría cuantitativa del dinero. Aunque habría que tener en cuenta que con una cantidad determinada de dinero podían hacerse múltiples transacciones, dependiendo de la mayor o menor agilidad del sistema comercial del país y de las expectativas de la capacidad de compra futura. Así, en períodos inflacionistas, la cuantía de las transacciones —la velocidad de circulación del dinero— será mayor que si lo que se espera es que en el futuro con cierta cantidad de dinero, puedan comprarse más bienes que en el presente. En este último caso, se retendría todo el dinero posible para gastarlo más tarde; se reduciría la velocidad de circulación del dinero, que quedaría así definida como el cociente entre el total de los pagos realizados y la cantidad

de dinero disponible. Veámoslo expresado en forma de ecuación matemática¹⁴:

Si llamamos M a la cantidad de dinero y consideramos que ha de equivaler al total de los pagos, es decir, al producto de los bienes por sus precios, llamando:

P = índice general de precios,

Q = total de bienes comprables, y

V = velocidad de circulación del dinero, podremos escribir:

$$PQ = MV$$

de donde:

$$P = MV / Q \quad [1]$$

que es la formulación más básica de la teoría cuantitativa del dinero.

Durante el siglo XVI, el crecimiento del numerador del segundo miembro de la ecuación [1] fue siempre proporcionalmente mayor que el del denominador. Además, a la vez que avanzaba el siglo se comprobaba el creciente deterioro de la relación de intercambio dinero/bienes, lo que aceleró la velocidad de circulación monetaria y, en consecuencia, el crecimiento de los precios¹⁵.

Otra reflexión de carácter monetario aportada —clarificada, al menos— por Azpilcueta es la referente a la incidencia del diferencial de inflación sobre el tipo de cambio de las monedas.

Concepción que no era difícil de ser constatada por un observador atento que analizara los intercambios monetarios internacionales desde una óptica doblemente ventajosa: la proporcionada por pertenecer a las más altas esferas universitarias y eclesiásticas, y la que se derivaba de una experiencia personal internacionalista de la que supo concluir *leyes de comportamiento* de validez general.

La mayor tasa de inflación de los precios en Castilla que en Roma —argumentaba— incidía directamente sobre la relación de intercambio entre los ducados de esas dos áreas monetarias, al propiciar que se incrementara la demanda de ducados romanos —y, con ello, su precio relativo— por tratarse de una moneda cuya capacidad de compra se deterioraba menos que la de los ducados castellanos. Por ello, tanto los mercaderes como las entidades financieras internacionales preferían comerciar con las monedas de mayor capacidad adquisitiva, internacionalizando su uso y reduciendo, así, la oferta monetaria de los países menos inflacionistas, lo que, de acuerdo con la teoría cuantitativa antes enunciada, contribuía a que se mantuviese la moderación de los precios.

Referencias bibliográficas

- [1] ARIGITA Y LASA, M. (1895): *El Doctor Navarro don Martín de Azpilcueta y sus obras. Estudio histórico-crítico*, Pamplona.
- [2] AZPILCUETA, M. (1556): *Manual de confesores y penitentes*, Salamanca.
- [3] BARRIENTOS GARCIA, J. (1995): «La Escuela de Salamanca: desarrollo y caracteres», *La Ciudad de Dios*, volumen CCVIII.
- [4] BRAUDEL, F. (1953): *El Mediterráneo en la época de Felipe II*, Fondo de Cultura Económica, México.
- [5] CABALLERO, F. (1871): *Conquenses Ilustres. II Melchor Cano*, Madrid.
- [6] CARANDE, R. (1990): *Carlos V y sus banqueros*, Editorial Crítica, Barcelona.
- [7] CARRERA PUJAL, J. (1943-1974), *Historia de la economía española*, Editorial Bosch, Barcelona.
- [8] CLAVERO, B. (1979): «Intereses: Traducción e incidencia del comercio en la Castilla del siglo XV», *Anuario de Historia del Derecho Español*, volumen XLIX, Madrid.
- [9] DUNOYER, E. (1957): *L'«Enchiridion Confessariorum» del Navarro*, Pamplona.

¹⁴ La primera expresión matemática de la teoría cuantitativa del dinero, a la que habría que esperar hasta 1911, fue formulada por el profesor de la Universidad de Yale, Irving Fisher.

¹⁵ Aunque la caída del valor del dinero en la España del siglo XVI fue parcialmente atenuada por el crecimiento de la demanda de metales preciosos en los mercados financieros internacionales, especialmente, desde ciertas ciudades italianas —Venecia, Génova y Florencia, principalmente— que habían encontrado un amplio mercado oriental —La India, China, las Indias Orientales— donde el valor de los metales preciosos era mayor que en Europa, lo que les permitía obtener beneficios extraordinarios pagando con oro y plata sus importaciones de especias, drogas, sedas y productos artísticos orientales. (De lo que se podría deducir que el mantenimiento del Imperio español pudo prolongarse, en parte, debido a la importante demanda de metales preciosos desde el Lejano Oriente).

- [10] GAZIER, M y B. (1978): *Or et monnaie chez Martín de Azpilcueta*, Université de Paris I, París.
- [11] GOÑI GAZTAMBIDE, J. (1942): «Por qué el Dr. Navarro no fue nombrado Cardenal», *Príncipe de Viana*, número 7, Pamplona.
- [12] GOÑI GAZTAMBIDE, J. (1946): «Un decenio de estudios sobre el Dr. Navarro D. Martín de Azpilcueta (1936-1946)», *Revista Española de Derecho Canónico*, volumen 1, Madrid.
- [13] HAMILTON, E.J. (1975): *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*, Editorial Ariel, Barcelona.
- [14] IGLESIA, J. de la (Coord.) (1991): *Diez Economistas Españoles. Siglos XVI y XVII*, RCU «Escorial-M^a Cristina», San Lorenzo de El Escorial.
- [15] LARRAZ J. (1943): *La época del mercantilismo en Castilla (1500-1700)*, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid.
- [16] LOPEZ ORTIZ, J. (1941): «Un canonista español del siglo XVI, el Doctor Navarro, don Martín de Azpilcueta», *La Ciudad de Dios*, volumen CLII, San Lorenzo de El Escorial.
- [17] MUÑOZ DE JUANA, R. (1998): *Moral y Economía en la obra de Martín de Azpilcueta*, Ediciones Universidad de Navarra, S. A., Pamplona.
- [18] NADAL OLLER, J. (1959): «La revolución de los precios españoles en el siglo XVI. Estado actual de la cuestión», *Hispania*, número XIX, Madrid.
- [19] OLORIZ, H. de (1916): *Nueva biografía del Doctor Navarro D. Martín de Azpilcueta y enumeración de sus obras*. Apuntes reunidos, Pamplona.
- [20] PERDICES DE BLAS, L. (1992): «El florecimiento de la economía aplicada en España: arbitristas y proyectistas (siglos XVI, XVII y XVIII)», Documento de Trabajo número 4, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Universidad Complutense de Madrid.
- [21] PERDICES DE BLAS, L. (1996): *La economía política de la decadencia de Castilla en el siglo XVII*, Editorial Síntesis, Madrid.
- [22] REEDER, J. (1976): «Tratados de cambios y de usura en Castilla (1541-1547)», *Hacienda Pública Española*, número 38, Madrid.
- [23] REEDER, J. (1993): «Los orígenes escolásticos de la teoría cuantitativa del dinero», ponencia presentada en el Seminario Controversias pasadas y presentes, Avila.
- [24] SIERRA BRAVO, R. (1975): *El pensamiento social y económico de la Escolástica*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- [25] TELLECHEA IDÓGORAS, J.I. (1968): *El arzobispo Carranza y su tiempo*, Ediciones Guadarrama, Madrid.
- [26] TEJERO, E. y AYERRA, C. (1999): *La vida del insigne Doctor Navarro, hijo de la Real Casa de Roncesvalles*, Navarra Gráfica Ediciones, Pamplona.
- [27] ULLASTRES, A., PEREÑA, L. y PÉREZ PRENDES, J. M. (1965): *Introducción y texto crítico al Comentario Resolutorio de Cambios de Martín de Azpilcueta, Corpus Hispanorum de Pace*, volumen IV, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- [28] VV AA (1988): *Estudios sobre el Doctor Navarro en el cuarto centenario de la muerte de Martín de Azpilcueta*, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona.